

tal vez— hasta que las blandas pezuñas de los dos dedos de sus patas delanteras consiguieran ahondar la dura roca y dejar en ella la profunda impresión de la huella que apreciamos en nuestros días?

Porque si los borregos de hoy, cuando descienden este barranco y salvan el paso señalado, se encuentran las cosas notablemente favorecidas por la acción continuada de sus viejos antepasados: dejar resbalar sus patas delanteras por la huella hasta encontrar el hueco en que termina, punto ideal de posición y apoyo para hacer un salto cómodo y perfecto.

Terminamos recordando al lector que desde nuestra data vamos por el tercer lustro; no sabemos si actualmente se conservan en aquella situación observada el paso, la piedra y la huella.

Agosto, 1955.

Carlos MENAYA

36.—Un alavés preceptor de caza del Rey Alfonso XII

Una de las zonas alavesas más abundantes en caza, ha sido, en tiempos aún no lejanos, el termino de Salvatierra con sus pueblos colindantes; los montes bajos de Mezquia y Eguilaz, las ilarras de Langarica y Ezquerecocha, los altos de Munain, Zuazo, Heredia, Dallo, etc., todo ello poblado de otacas, enebros y brezos, eran cazaderos realmente excelentes por su gran abundancia en liebres y perdices; no debe extrañar por tanto que Salvatierra fuera villa de muy expertos cazadores; hace muchos años hemos conocido algunos, que en el último tercio del siglo pasado, gozaron de mucha y merecida fama; que fueran buenos tiradores tiene fácil explicación, mucha caza para practicar y pocas escopetas, y éstas la mayor parte de pistón, así que era necesario afinar la puntería para no errar el tiro.

Por aquella época el Rey Alfonso XII manifestó deseos de aprender a cazar y tirar la perdiz a perro puesto; para ello era necesario buscarle un buen maestro.

Como la pericia de estos cazadores salvaterranos llegó a la Corte, se eligió a uno de los más afamados, a don Pablo de Landazabal —persona a la que nos unió muy buena amistad a principios de este siglo y de quien recogimos esta información—. Lle-

gado el día de su partida para Madrid, no pudo ponerse en camino por sentirse repentinamente indispuerto, pero, como en Madrid se le esperaba, propuso el señor Landazabal que en su lugar fuera don Remigio de Vicuña, gran compañero suyo y no menos experto cazador —igualmente el señor Vicuña fué buen amigo nuestro y en más de una ocasión hemos comentado este viaje—. Una vez en Madrid, el señor Vicuña se trasladó a El Pardo, donde a la sazón se encontraba el Rey, y seguidamente comenzaron las lecciones que duraron bastantes días. Era el señor Vicuña persona de buen parecer, alto, fuerte y muy acostumbrado al ejercicio de la caza y buen tirador; su cometido, por tanto, fué relativamente fácil.

En una de las últimas cacerías celebradas, el Rey, para probar hasta qué punto llegaba la habilidad de Vicuña, ordenó sin que éste lo supiera, que se le entregaran dos cartuchos cargados con bala.

Vicuña, al hacer uso del primero, matando la pieza, se volvió hacia el Rey y éste le dijo: "buen tiro, Vicuña". "Su Majestad, contestó Vicuña, esa ha caído de bala". Rigurosamente exacto.

El Rey quedó complacidísimo del señor Vicuña y al despedirse le regaló una hermosa escopeta con profusión de delicados grabados, —escopeta que hemos tenido en nuestras manos—. Vicuña a su regreso, y como buen amigo, se la entregó al señor Landazabal, por considerar que a éste le correspondía. En la actualidad creemos debe hallarse en poder de uno de los herederos del señor Landazabal.

A. S. U.

